

Tomás de Aquino, Intelectual Católico

Ignacio Ellacuría, S. I.

El tema del intelectual católico es un tema difícil que necesita ser enfocado desde múltiples puntos de vista diversos. Ya como teoría es un problema enredoso, donde confluyen cuestiones tan arduas como la de fe-razón, filosofía-teología, naturaleza-gracia, profano-religioso, humanismo-cristianismo: no se trata en estos "dobles" sólo de la conciliación de unos conceptos dispares, sino de la unificación de dos realidades tan distintas, que parecen imposible unificarse. Y, sin embargo, uno presiente que sólo cuando ambas realidades se hagan "una" en el reflejo de la unidad con que la naturaleza divina y la naturaleza humana se han hecho "una" persona en Jesucristo, podrán salvarse en lo que tienen de específico. Y también como práctica se trata de una juntura difícil, ardua. Tanto que son infinitamente más los intelectuales que tienen muy poco de cristianos aun dentro del cristianismo, y los cristianos que tienen muy poco de intelectual, que los auténticamente intelectuales católicos.

Uno de estos pocos es Santo Tomás de Aquino. Aunque la suya no sea la única forma de serlo, no se negará que, como intelectual católico, es su vida una de las posibles, magníficas soluciones de esa doble cuestión antes señalada. Aquí, en este artículo, se va a pretender indicar unas características, que aun partiendo de puntos concretos, apuntan a direcciones esenciales y, por tanto, necesarias, para acertar a desenvolverse en tan enmarañado terreno.

Santo Tomás y Aristóteles

Y, pues hablábamos de puntos concretos, podemos empezar con este, que pone muy de relieve ciertas notas fundamentales de su personalidad intelectual y cristiana. De más está decir que en este punto no se pretende exponer las doctrinas que puedan ser comunes a ambos, sino la actitud que se manifiesta en la relación de Santo Tomás con el Estagirita. Relación de una trascendencia muy significativa, porque Aristóteles no era en el siglo XIII para el mundo cristiano lo que es ahora, sino un

autor pagano, transmitido al Occidente fundamentalmente por autores no cristianos; un autor del que hasta entonces no se había servido la teología, desarrollada por otros cauces más platónicos y augustinianos. Para hacernos idea de lo que esto significa, pudiéramos imaginarnos que hoy día un filósofo-teólogo cristiano intentara reestructurar toda la teología, pongamos por caso, desde Heidegger.

Pronto se ve cómo en esta actitud puede implicarse el tema del intelectual católico: el intelectual estaba en Aristóteles como una realización pura de lo que es la razón, la filosofía, la naturaleza, lo pagano, el humanismo; lo católico estaba en el joven fraile dominico, impregnado de fe, de gracia, de cristianismo, de religiosidad y santidad. Eso como problema, como paradoja de dos términos que, al parecer de muchos, debieran repetirse. Y como solución, la síntesis de Tomás de Aquino, católico hasta la santidad, intelectual hasta la filosofía creadora.

La pregunta concreta que ilumine este problema puede formularse así: ¿qué movió a Santo Tomás a acercarse a Aristóteles? Pregunta que en su plano más general puede ampliarse hasta esta otra proyección: ¿qué mueve al cristiano a acercarse y aprovecharse de lo natural, de lo profano, de lo que, al parecer, no es formalmente cristiano? Y se quisiera complicar más el asunto, todavía pudiera presentarse esa otra seudopregunta que tanto los filisteos de un lado como los del otro insinúan arteramente con hipócrita inocencia: ¿es que el cristiano no tiene suficiente con su cristianismo como respuesta intelectual y como actitud vital? Este artículo no atacará directamente sino la primera de las preguntas, bien entendido que en ella se encuentra lo suficiente para superar las otras dos restantes.

Tomás de Aquino, precisamente por vivir íntegramente su cristianismo era un hombre que repudiaba lo aparente, no buscaba la originalidad sino la afirmación de la realidad de las cosas. No temía trabajar con el sentido común, cuando de lo común de las cosas se trataba. Bien vistas, son éstas, manifestaciones de una misma raíz fundamental que es el amor profundo a la verdad. ⁽¹⁾ León XIII calificó, por eso, con acierto a Santo Tomás como "unice veritatis amator". No quería originalidad sino verdad, no quería apariencia sino verdad, no quería accidentalismos sino verdad, no quería tradicionalismo sino verdad, no quería novedades sino verdad. Sólo la verdad puede libertar al hombre, y así la gran tarea de este egregio defensor del hombre y de lo humano, será la de encontrar y fundamentar esencialmente esa verdad que hará libre y personal al hombre. A cuánta distancia estamos de quienes temen la verdad o la aparición de nuevas verdades, como amenaza de la verdad y la vida cristianas. Claro está que un hombre de esta condición se encontraba en el punto de equilibrio adecuado para encontrar la verdad, hallárase donde se hallase. No iba a acercarse a un autor por ser nuevo o estar de moda intelectual, pero tampoco iba a alejarse de él por no haberlo hojeado en el banco de sus primeras letras. Los que se cierran en lo antiguo suelen hacerlo en nombre de la verdad; no pueden concebir que hayan podido vivir años en un conocimiento muy imperfecto de la realidad. Peligrosa situación, porque en su fondo y en su origen está el haberse sentido sa-

(1) El desarrollo de estos puntos puede verse en mi estudio sobre Santo Tomás ECA, Marzo 1959.

tisfechos inicialmente con algo incompleto, lo cual implica que su contacto con la realidad es muy mediocre y que sus apetencias intelectuales son muy escasas. No era tal el caso del Aquinate y, por eso, pudo abrirse a un mundo nuevo.

Cuando el ansia de verdad es el principio fundamental de una vida intelectual, toma ésta una dinamicidad irresistible. Porque no se trata de un principio meramente negativo, de no aceptar entre las proposiciones ajenas sino las que se presenten como verdaderas, sino esencialmente positivo y creador: ir más a las cosas, buscar sin cesar, ahondar en todo, pues esos son los caminos que llevan a la verdad. En definitiva, ese dinamismo no puede detenerse nunca en su busca de la última y total profundidad, si es que realmente ha comprometido la personalidad entera. Esta pasión por las miradas profundas, esta sinceridad absoluta y comprometedora impidieron que Santo Tomás se perdiese en el tejer y destejer de los mismos problemas y soluciones, en la manipulación de vanas sutilezas y agudezas formales, en dialécticas casi verbales dentro de barricadas puramente defensivas.

Junto a la pasión por la verdad y la necesidad de profundidad esencial, que no le permitirán nunca perderse en apariencias engañosas y en disquisiciones superficiales, tenemos en él, como consecuencia, un rechazo instintivo de toda forma de maniqueísmo. El maniqueísmo es una doctrina que, como tal, es repudiada por todo cristiano, que no puede admitir dos principios absolutos, uno causante de las cosas buenas y otro de las malas; que no puede tampoco admitir que haya **Cosas** que en sí sean malas. Pero el maniqueísmo como vaga persuasión general, como latente comportamiento vital es una perenne tentación de los espíritus débiles y precavidos que en todo ven peligros, amenazas, tentaciones. Olvidan los tales que peligros, amenazas y tentaciones son tales no tanto por las cosas en sí, como por la debilidad subjetiva de quienes se enfrentan con las cosas. Con lo que, en vez de remediar esa debilidad subjetiva con un acrecentamiento de las energías espirituales, naturales y sobrenaturales, se busca la ayuda en la huida de las cosas.

Santo Tomás, al contrario, goza de tan cumplida sanidad espiritual, en lo que respecta al campo específico del intelectual católico, y está tan persuadido de la presencia de Dios en todas las cosas, que su libertad de prejuicios puede ser absoluta. Para él todas las cosas son buenas porque todas han sido hechas por y a través del Verbo, especialmente las inteligencias más preclaras de la humanidad; todas están orientadas hacia Cristo y deben servir al cristiano para acercarse con mayor plenitud y perfección a El, particularmente, dentro del campo del pensamiento, los filósofos y la filosofía. De ahí esa amplitud de miras para recoger todas las briznas de luz que la mente humana ha irradiado sea donde sea, y sea por quien sea; de ahí esa firme seguridad en dar a la razón lo que es de la razón y a la fe lo que es de la fe, a sabiendas de que no habrá entre ambas contradicción sino sublimación. Está persuadido de que ensalzando al hombre se glorifica a Dios, y que engrandeciéndolo con todos los aportes naturales se perfecciona el Cuerpo de Cristo. Con espíritus como el suyo no tuviéramos el peligro de retrasarnos en el correr intelectual de la humanidad.

Estos tres principios de su personalidad intelectual: amor a la verdad, necesidad de profundidad esencial, y repudio de toda forma de maniqueísmo, nos explican cómo le estaban abiertos todos los caminos, pero no nos señalan concretamente el por qué de su preferencia por Aristóteles. El "estar abierto" al estagirita nos aclara su dimensión de intelectual; el "haber ido" a él, tal vez, nos ayude a entender mejor su insobornable cristianismo. Esto último no les pareció claro a sus contemporáneos, que aferrados más a la tradición que a la realidad, más a los primeros planos que a los últimos, juzgaron que con aquel movimiento hacia el aristotelismo peligraban la teología y el cristianismo. No olvidemos, a este respecto, dos datos muy significativos: que Tomás de Aquino, hoy canon de la ortodoxia, fue considerado como peligroso por los que entonces estaban "en posesión" de la teología y, consecuentemente, por algunas autoridades eclesiásticas; y que arrebató, tal vez para siempre, a los no cristianos un autor, "el otro Aristóteles", que se había empezado a usar contra el cristianismo.

Si se ha de decir en pocas palabras, por qué Santo Tomás fue a radicarse filosóficamente en Aristóteles, dejando hasta cierto punto las directrices filosóficas en las que había sido educado, habría que señalar como razón capital el que en el autor griego encontraba él las directrices y la forma de pensamiento que mejor se amoldaba a su intuición de la realidad y a su método de enfocarla. Desde luego, Santo Tomás no pudo ya ser un hombre para quien la filosofía, por lo menos entendida al modo clásico, se pudiese convertir en la tarea definitiva de su existencia como manera la más excelsa de captar la verdad y la más plena de realizar la propia vida. Para él, la búsqueda de la verdad y de la vida se ha centrado en el hallazgo de Cristo y de su mundo, en lo que la filosofía puede ser parte pero no todo. Por eso, ésta perderá su carácter de finalidad última, al convertirse en medio de conocer y defender mejor el contenido de la Revolución cristiana. Esto nos explica, en parte, su decisión por Aristóteles: negativamente, porque por su sobreabundante vida cristiana, mística, no necesitaba de una plenitud emocional humana tal como la de Platón o Agustín; positivamente, porque estimó que en los trabajos aristotélicos se hallaban las mejores armas para esclarecer en la medida de lo posible y defender el dogma cristiano, la concepción cristiana de la vida. Más el dogma y sus consecuencias morales que el estilo mismo de la vida cristiana; lo cual es claro, porque Aristóteles, diciendo la verdad podía acercarse por lo mismo a las verdades cristianas que no contradicen lo natural; pero, por no ser cristiano, no estaba en la vida nueva, natural y sobrenatural, que el cristianismo ha introducido.

En Aristóteles, además, hay un tan desnudo sentido de la metafísica, esto es, en él la metafísica se presenta tan en su esquema y desprovista de carnalidad y adornos, que aquel enemigo de las apariencias y amante de lo claro, de lo esencial, de lo que sin rodeos lleva a la realidad como contenido intelectual, debía sentirse arrebatado por aquel decir esencial, luminoso, denso. En cuanto a las directrices fundamentales del pensamiento aristotélico, encontraba en ellas su "doble" en el sentido realista e intelectualista, en la objetividad analítica y crítica, en la preocupación por las esencias y lo universal, en el enfrentarse a la realidad despojándose en lo posible de toda coloración personal y subjetivista, en el investigar con los métodos más desapasionados y universales. Hasta cierto pun-

to, pudiérase decir que su contacto intelectual con la realidad es más de cosa con cosa, que choque de dos fuentes subjetivas de luz y emoción. Y ya por lo que atañe a las respuestas intelectuales, a las soluciones definitivas de los problemas metafísicos permanentes, no dudó en recogerlas, ahondándolas y personalizándolas: origen y forma del conocimiento, analogía del ser, acto y potencia, substancia y accidente... Con las categorías aristotélicas y su modo de proceder intelectual metió al pensamiento cristiano por unos raíles que todavía le dirigen.

Pero Santo Tomás no era un mero copista o repetidor infecundo, lo cual aunque aparentemente es afirmación de una filosofía, es en realidad negación de toda filosofía. Porque él "re-crea" esos elementos, los continúa, los revitaliza, los sublima en una síntesis superior, no alcanzada por el mismo Aristóteles.

Es un error, por tanto, decir que sometió la ciencia cristiana a la doctrina de un pagano, cuando la verdad es precisamente la contraria: sublimó la doctrina de un gentil con el vuelo del cristianismo. A los educados en el tomismo les espanta que investigadores dedicados directamente a Aristóteles nos digan que éste anda gravado con resabios de sensualismo empirista, que ignora el sentido y la transcendencia del espíritu, que vacila ante el sentido mismo de la ciencia, que no ve claro en el problema de la inmortalidad del hombre y menos en el de la relación de la criatura con el Motor inmóvil. Pero esto mismo prueba, cuán marcada ha quedado la huella del Aquinate en las estructuras aristotélicas. Indica también una cualidad preciosa del intelectual católico: el positivismo salvador de recoger todo lo que de bueno se encuentre, valorándolo en lo mejor de sus direcciones posibles. ¿Qué hubiera sido de Aristóteles en manos de los negros celadores de la ortodoxia? Tal vez hubiera quedado repudiado para siempre si hubieran prevalecido los negativistas que se ensañaban con sus discrepancias del dogma o de la rutina.

Esta transformación sublimadora de los materiales antiguos se debe a la presencia elevadora del cristianismo en la vida, en la mente y en la obra de nuestro santo. Como actitud, al haber adoptado aquella tan de Cristo, de no apagar lo que todavía humea, de no destruir sino alentar; como doctrina al introducir la nueva noción capital, tan cristiana, imprevisible para una mentalidad helénica, de creación, que transforma radicalmente el sentido de la filosofía por lo que respecta a Dios y a la criatura, tanto como a su relación entre ambos. Un nuevo sentido religioso y de interioridad invada el pensamiento tomista. Ya no se trata de un puro conocer sino que se entiende la filosofía como un movimiento que arrancando desde la contingencia insatisfecha del espíritu humano se proyecta en unidad de líneas hacia el Dios que creó todas las cosas, dejando en ellas una herida y una llamada a la fuente de la que recibieron su ser primero y su exigencia ontológica de una vuelta hacia Dios.

La significación ejemplar que se desprende de las relaciones entre Santo Tomás y Aristóteles es, en cifra, que los dos términos del problema, "intelectual" y "católico" no solamente no se contradicen o se limitan sino que se potencian. No puede dudarse que en el caso de Santo Tomás su "intelectualidad" hizo grandes servicios a su cristianismo y al cristianismo, y, a su vez, que estos enriquecieron su "intelectualidad". El Doctor Angélico no ha sufrido ninguno de los vértigos que amenazan al inte-

lectual católico: ni se ha dejado deslumbrar por las conquistas de la razón, despreciando así las superiores categorías de la gracia y lo eterno; ni se ha dejado tampoco llevar de los que ven en la fe la anulación de la inteligencia y en la gracia el exterminio de la naturaleza. Se mantuvo a la par santo y doctor; más aún, impregnó de santidad su ser mismo de doctor, y de ciencia su santidad. No tuvo ni miedo ni adoración ciega por la cultura pagana, sino que se introdujo serenamente en el peligro sin perderse en aspavientos inútiles y contraproducentes. Se aprovechó de los filósofos no cristianos, les extrajo lo que de bueno tenían, para que los hijos de las tinieblas no contasen con mejores recursos que los hijos de la luz; pero en ese contacto fecundo con los hombres de otros campos no dejó extraviarse ninguno de los dogmas ni ninguna de las virtudes del cristiano.

Una empresa similar espera a los intelectuales católicos de hoy, que tienen, por tanto, admirable guía en el pensamiento y en la conducta de Santo Tomás, llamado por la Iglesia "Doctor Común". No es fácil alcanzar la potencia intelectual, la seria preparación cultural, la firme seguridad doctrinal, el instinto por lo verdadero y lo cristiano, el afán heroico de santidad, que son la vida misma del Aquinate. No es fácil, pero no es tampoco absolutamente inasequible; es sencillamente un ideal que puede y debe ser tenido en cuenta por quien quiera con el pensamiento servir a la Iglesia y a sus necesidades de hoy.

Con lo dicho, claro está, no ha sido resuelto el problema del intelectual católico; más aún, ni siquiera ha sido planteado. Más modestamente, se han presentado, a propósito de un tema particular, algunos rasgos propios de Santo Tomás, que pueden servir de pauta e incitación en la personal forma de entender y de vivir ese problema del intelectual católico.

